

## CAPITULO 13

En una oportunidad, mientras él y Luis permanecían en Carahue, le propuso a su amigo, ir al mercado de yerbas a comprar su destino. Donde concurren los mapuches a buscar la medicina, vinculada a la tradición. A Luis le divirtió esa posibilidad, aunque entendía poco del tema, la cual solo se le podía ocurrir a su amigo. Bien podía haberla juzgado propio de viejo gagá, y si lo pensaba bien, también él decía y actuaba como un chiflado.

Después, Luis le solicitó que lo acompañara, a beber chicha a un boliche, donde las hijas putativas del dueño, tocaban la guitarra y bailaban cueca; bueno, y también se dejaban palpar en la intimidad, donde el azar juega con cartas marcadas. Ahí, Luis Onfrey le preguntó a Javier, si el tema de comprar el destino, podía ser verdadero, bajo ciertas premisas, o su amigo quería endulzarle la cabeza, con historias estrafalarias, sacadas de un baúl.

También a él le acuciaba la idea que, entendía apenas, al ver cómo su vida se deslizaba por caminos de banalidad, y su objetivo apuntaba en vincularse a una mujer virgen, dispuesta

a casarse con él.

Al cabo de una semana, Luis pasaba a recoger a Javier a su cabaña. Había llegado el día de la feria de los artesanos, y debían viajar a Carahue. Al principio, Javier dudaba si dejar otra vez sola a Alondra en la cabaña, pero ella lo alentó a cumplir sus necesidades de trabajo.

Durante el trayecto, los amigos se limitaron a hablar frivolidades, como si no quisieran exponer sus inquietudes. De por medio, la presencia de Alondra los empezaba a distanciar. Entre ellos se abría una fosa, marcada por la desconfianza, la cual parecía ser el principio de una fractura.

Apenas arribaron a Carahue, se dirigieron a la hospedería de siempre. A dejar sus equipajes, a organizar la noche con las féminas que trabajaban ahí, dedicadas a infinidad de desempeños, y enseguida, se fueron a instalar a la feria.

Esa mañana había temblado en la región y los amigos estimaron que los dinosaurios enterrados en la zona, resolvieron despertar de su milenario letargo.

Mientras Javier atendía a una mujer que tenía en brazos a un niño, observó la portada de un periódico de la provincia. Expuesto en un quiosco casi encima de ellos, aparecía destacada la fotografía de Alondra. En ese instante, Luis Onfrey se entretenía en vender sus perfumados licores y

quesos, mientras realizaba jactancias de buhonero de oriente, empeñado enaltecer la calidad de sus productos. Clamaba, mientras se mecía: “Yo no he venido a vender. He venido a regalar”.

Levantaba los brazos, hacía morisquetas de payaso y recitaba poemas desbarajustados. En su cháchara, introducía palabras, más bien palabrotas de su cosecha, o aquellas aprendidas en los boliches. Quienes lo escuchaban, se urgían a comprar sus productos, seducidos por ese lenguaraz.

A veces se encasquetaba un sombrero ridículo y aseguraba ser el actor, fulano de tal, que se hallaba de incógnita en la zona. En esa oportunidad de farándula, Javier aprovechó el alarde del amigo y compraba el diario. Se lo metía debajo de la camisa y reiniciaba su labor de buhonero.

Al anochecer, los amigos se dirigieron a la cantina donde se hospedaban. Durante un rato bebían casi en silencio y hacían un balance de las ventas, mientras Alondra continuaba al medio de ellos, azuzando la discordia. Ella, bella estrella, ajena a la querella, sin dejar huella, había encendido la hoguera, donde uno de ellos se iba a inmolar.

Cenaban y se iban a acostar en compañía de las amigas de siempre. Durante la noche, sin poder Javier Alcántara resistir la curiosidad que lo roía y le impedía dormir, se levantó

a leer el diario. A hurtadillas se metió al baño, como si fuese a evacuar las contrariedades del último tiempo. En las páginas interiores, encontró el desarrollo de la noticia de la portada.

Decía que, Alondra Villavicencio, hija de un distinguido abogado de Temuco, continuaba prófuga, después de haber huido de la cárcel de Carahue, mientras esperaba sentencia, escondida en un carro de la lavandería. Que se trataba de una peligrosa agitadora social, vinculada a grupos anarquistas.

Que debería continuar oculta en la zona, pues carabineros disponía de informes, que aseguraban haberla divisado cerca del río Imperial, montada a caballo, cuya descripción coincidía con la prófuga.

Javier arrancó la página donde figuraba la noticia y doblada, la escondía en el bolsillo del pantalón.

De ahí, no logró dormir y se sentaba en la cama, dominado por dudas. Lo atosigaban hasta sentir dolor de pecho. Miraba por la ventana junto a él y podía contemplar las estrellas en un cielo siempre perturbado por la lluvia, la cual se mantiene a la acechanza. La noche empezaba a ceder ante la presencia de la aurora y el horizonte se teñía de solferino, la tela rasgada del velamen de un navío a la deriva. O una bandada de patos silvestres, sobrevolando el río Imperial.

Por momentos suponía que Alondra se hallaba junto a él,

a quien había amado aquella noche, donde le arrebatara la virginidad. ¿Debía temerle, huir de su presencia?

A esa hora, Carahue permanecía sumida en el silencio, recostada en el lecho de siempre. A menudo, perturbada por las reivindicaciones de la tierra de sus primitivos habitantes. El silencio de la provincia que solo se interrumpe, cuando pasa el tren, llegan las lluvias, truena, tiembla o ladran los perros.

Se puso a recordar esta historia, escrita por él, donde creía ver cierta analogía con la actitud de Alondra.

—Profesor Alcántara; profesor Alcántara —escuchó apenas aparecía en el café Zaquizamí, esa tarde de junio.

Quien lo llamaba permanecía sentada a una mesa, mientras bebía café, saboreaba un bizcocho y leía una revista. Aun cuando le parecía un rostro familiar, ignoraba la identidad de la mujer. A menudo en la calle lo saludaban personas con muestras de amabilidad e ignoraba quienes eran.

—Entiendo profesor que usted no debería acordarse de mí —dijo la extraña mientras sonreía y lo invitaba a compartir su mesa— pues han transcurrido 27 años de cuando yo era su alumna en el liceo Carmela Carvajal. ¿Recuerda?

—Debo admitir señora, que usted me es una persona conocida, y aunque lo intente, mal podría acordarme de su nombre. He tenido cientos de alumnos en 33 años de docencia.

—Me llamo Herminia del Real y lo tuve de profesor de historia en 1963, el año que egresé del colegio. Época, profesor Alcántara, donde nuestro liceo se destacaba por la calidad de su enseñanza laica. ¿Qué desea servirse?